

El caso Santamaria Andrea Camilleri



El caso Santamaria

Andrea
Camilleri

Traducción de
Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1359

Título original: *La relazione*

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano, 2014

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

página 57: © *Yellow Submarine*, 2009 EMI Records Ltd., interpretada por
The Beatles

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-233-5063-6

Depósito legal: B. 90-2016

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Mauro tiene los ojos fatigados. Aparta la mirada de la pantalla, faltan pocos minutos para las siete y media, desde las tres de la tarde trabaja ininterrumpidamente en el ordenador, escribiendo, borrando, reescribiendo y modificando, sopesando cada palabra, cada adjetivo. Para que no lo molesten, ha alzado una barrera de silencio, desconectando el teléfono fijo y apagando el móvil. Incluso ha echado un poco las cortinas y ahora enciende la lámpara de mesa, con la intención de continuar otra media horita. Relee la última frase que ha escrito. No funciona, demasiado retorcida y larga, sería mejor dividirla en dos.

El repiqueteo del timbre ha sido tan breve que Mauro duda si habrán llamado o no. Levanta un momento la cabeza de la pantalla a la espera de que vuelvan a llamar, lo que, sin embargo, no sucede. Ha empezado a releer cuando el sonido se repite. Breve, como el primero, como si la persona que llama temiera lo que está haciendo. Esta vez Mauro se alza, sale del despacho, recorre el pasillo, enciende la luz del recibidor y abre la puerta. Está seguro de que será la anciana baronesa, que habrá bajado del piso

de arriba para renovar su invitación a cenar. En cambio, la mujer que ha llamado y que le sonrío es una treintañera alta, rubia, elegante y, sobre todo, muy muy hermosa.

—Aquí estoy —dice—. Puntual como un reloj.

Mauro se ha quedado sin palabras, confundido y sorprendido, no conoce de nada a aquella muchacha. Nunca la ha visto, está seguro. Una mujer así, aunque te la hayas cruzado una sola vez, es imposible de olvidar. Y tampoco puede ser una de las pocas amigas de su mujer, porque las conoce a todas.

—¿No me deja entrar? —pregunta la rubia adelantándose medio paso y acentuando la sonrisa.

Mauro ahora siente su perfume. Ligero pero insinuante.

—Creo que se equivoca —dice, brusco, sin poder apartar los ojos de los de ella, dos serenos lagos azules.

La sonrisa de la mujer se apaga de inmediato, sustituida por una expresión perpleja. Hay una nota de alarma en su voz.

—¿No ha sido usted quien ha telefoneado a la agencia?

—No he telefoneado a ninguna agencia.

Ahora los ojos de la muchacha se entornan recelosos.

—¿Por casualidad no ha cambiado de idea y...?

¿Sobre qué debería haber cambiado de idea?

—No sé de qué está hablando —dice irritado.

—Entonces me he equivocado, perdone —espetta la mujer.

Le da la espalda y, con decisión, recorre el rellano y comienza a bajar la escalera.

Sólo cuando ha desaparecido, Mauro cierra la puerta. No ha podido menos que quedarse mirándola, fascinado, mientras se alejaba.

Diez minutos después de haber vuelto a su trabajo, se da cuenta de que aquella tarde le será difícil continuar, el hilo del complejo razonamiento que estaba entretejiendo se ha roto irremediabilmente por la imprevista intrusión de aquella desconocida. Ha llegado la hora de volver al mundo real. Apaga los dos ordenadores, conecta el teléfono fijo y enciende el móvil.

Entonces me he equivocado, perdone.

Un momento. ¿Qué significa que se ha equivocado? O mejor: ¿en qué se ha equivocado?

Él, Mauro Assante, vive desde hace siete años con su mujer, Mutti, y su hijo Stefano en el primer piso de un superviviente palacete modernista del romano barrio de Prati. En la planta baja habita Germani, coronel de los carabinieri, con su mujer y su hija de dieciocho años; en el segundo y último piso, el octogenario barón Ardigò, con su mujer, Margherita. El palacete no tiene portero, le corresponde al coronel abrir el portal a las siete de la mañana y cerrarlo a las ocho de la tarde. Fuera, junto al portal, está el telefonillo con los apellidos de los inquilinos. Hipótesis improbable que a aquella mujer la hubieran llamado Germani o Ardigò. Por tanto, la desconocida no se habrá confundido con los apellidos o con los pisos, sino con el número de casa, aunque sólo con que le hubiesen descrito el palacete, habría sido imposible que se equivocara.

Le asalta una repentina e irresistible necesidad de fumar. Lo dejó cinco años atrás, ¿por qué, entonces, este deseo irracional? Sabe que tiene, en el segundo cajón del escritorio, un paquete de cigarrillos que nunca llegó a abrir. Lo coge, lo pone delante de sí, lo observa. EL TABACO MATA. Sonríe. La frase amenazante podría cambiarse con facilidad. EL TABACO MATA EL ABURRIMIENTO. Arranca el envoltorio de celofán, abre el paquete, extrae un cigarrillo y se lo pone entre los labios; no puede encenderlo porque no tiene mechero ni cerillas al alcance de la mano. Recuerda haber visto una caja de fósforos en algún sitio, pero no tiene ganas de levantarse. ¡Si lo viera Mutti! Sí, Mutti. Quizá la explicación de su malestar consiste en que por primera vez, en siete años de matrimonio, se ve obligado a vivir separado de ella durante un largo período. El pediatra de Stefano dijo que al niño le iría muy bien el aire de montaña, y Mutti no se lo pensó dos veces. El 1 de junio se fue con Stefano al pueblecito de Trentino donde nació y donde viven sus padres con el propósito de quedarse allí al menos tres meses. Mauro pasará con ellos las vacaciones de agosto.

Eso es, han transcurrido dos semanas y Mauro aún no se ha acostumbrado a su condición, aunque sea provisional, de soltero. Si fuera un hombre menos metódico y menos ordenado, el cambio de los ritmos de su vida habría sido más soportable. El trabajo, claro, lo distrae mucho, sea en la oficina, sea en casa, pero las horas vespertinas representan un auténtico problema. Las amigas de Mutti han competido por invitarlo a cenar, pero él no se ha sentido con

ánimos para ir solo. Porque, y únicamente ahora se da cuenta, en aquellas cenas, en aquellos encuentros, ha sido siempre Mutti quien le ha ofrecido un pretexto para implicarlo en la conversación, de otro modo no habría abierto la boca. No por timidez, sino por su innata incapacidad de abrirse por completo a los demás. Mutti, en cambio, desde la primera vez que intercambió unas pocas palabras con él, supo milagrosamente encontrar la llave exacta para liberarlo de su blindaje. Si, con cuarenta años cumplidos, no hubiera encontrado a Mutti, seguro que nunca se habría casado, nunca habría tenido la alegría de un hijo.

Se quita el cigarrillo de los labios, lo vuelve a poner dentro del paquete y lo entierra de nuevo en el cajón.

El sonido del timbre lo sobresalta. Imagina por un instante que volverá a ser la desconocida. Una alteración mínima del latido del corazón. Va a abrir. La baronesa Margherita Ardigò lo mira, imperiosa.

—Si dentro de trece minutos no sube a cenar con nosotros, no volveré a dirigirle la palabra.

Ha sido Mutti quien lo ha encomendado a la baronesa, quien se ha tomado en serio la misión que le ha sido asignada. No puede rechazar por tercera vez la invitación, sonaría como una ofensa injustificada.

Además de Mauro hay otro huésped, Giorgio, el adorado sobrino de la baronesa. De él Mauro sólo sabe que es un treintañero soltero que ama la buena vida, los coches deportivos carísimos y que se viste con trasnochada elegancia. Dónde trabaja, qué hace,

un misterio. Mutti sostiene que Giorgio debe de ser una especie de gigoló o algo por el estilo, y que va a ver a menudo a la tía porque ésta lo idolatra y es feliz de mimarlo con su dinero. Menos mal que aquella tarde está Giorgio para animar la reunión, porque de otro modo Mauro habría tenido que pasar la cena soportando los tediosos monólogos de la baronesa, dado que el barón, su marido, al ser totalmente sordo y estar bastante ausente, prefiere permanecer en silencio. Giorgio está hablando de un reciente viaje de negocios a Berlín, negocios que no llega a precisar, cuando la baronesa lo interrumpe:

—¿Has ido solo?

Siempre según Mutti, parece que la tía, a cambio de las sustanciosas regalías, pretende de Giorgio el relato minucioso y detallado de sus aventuras amorosas.

—Solísimo.

—No te creo.

—Debes creerme, fui solo porque estaba seguro de que allí encontraría compañía.

—¿Y la has encontrado?

—Desde luego. La primera tarde me presentaron a una muchacha que fue mi acompañante durante toda la estancia.

—¿Era una empleada suya?

—¡No, tía! Son muchachas que tienen precisamente este oficio. Además de tener buen aspecto, son bastante cultas. La mía hablaba italiano, inglés y francés.

—¿Acompañan también al dormitorio?

—Sólo si tienen ganas, no están obligadas, ese tipo de servicios no entran en el contrato.

—Déjeme entender —intervino Mauro—. ¿Usted ha firmado un contrato con la muchacha?

Giorgio ríe.

—Yo no, pero los que me la han procurado creo que sí. Si no se ha tratado de un verdadero contrato, han suscrito algo similar.

—¿Con la muchacha?

—Con ella no, sino con la agencia de la que depende.

—¿También en Italia existen estas agencias?

—Desde luego.

¿No ha sido usted quien ha telefoneado a la agencia?

La sobremesa no se prolonga demasiado porque la baronesa suele irse temprano a la cama, así que a las nueve y media despacha a los huéspedes. Giorgio huye a toda prisa, bajando los peldaños de dos en dos, con el móvil pegado al oído. Mauro acaba de entrar en casa cuando suena el teléfono. Es Mutti.

—¿Has ido a cenar con Margherita?

—Sí.

—Bravo. ¿Te has aburrido mucho?

—Menos de lo que temía. Por suerte estaba también Giorgio. ¿Cómo está Stefi?

—Muy bien. Tiene mucho apetito. Ha estado toda la tarde jugando con el abuelo y hace poco se ha dormido. ¿Y tú?

—No he vuelto a la oficina por la tarde, me he quedado trabajando aquí. Ah, ¿sabes?, me ha ocurrido algo curioso.

Y le cuenta lo de la desconocida. Mutti ríe.

—¿Qué encuentras tan divertido?

—Me río porque me imagino la cara que habrás puesto.

Una pausa. Y luego:

—Claro que la situación era, cómo decirlo, clásica.

—No entiendo.

—La esposa de vacaciones, la comezón del séptimo año...

Esta vez es Mauro quien ríe.

—¿Me estás diciendo que no debería haber perdido la ocasión? La próxima vez...

—No puede haber una próxima vez.

—¿Por qué?

—Porque ha sido una casualidad. No se repetirá, es imposible.

—Lástima.

Hablan unos minutos más, luego se dan las buenas noches.

A Mauro no le apetece irse a dormir tan temprano. Y tampoco tiene ganas de pasar la velada, como las anteriores, con un ojo en el televisor y el otro en los periódicos que hay encima de la mesa. Podría, para variar un poco, coger una novela de la librería de Mutti, que está aprovisionadísima, pero las novelas lo aburren. ¿Qué hacer? Va al salón, abre la ventana, se asoma. La tarde romana es cálida y acogedora, ya estival. Desde luego, una caminata le ayudaría a conciliar el sueño. ¿Por qué no? Diez minutos después cruza el portal de la casa, encaminándose hacia el paseo a lo largo del Tíber. Hay mucho tráfico, incluso en las in-

mediaciones del puente se ha producido un atasco y se ve obligado a hacer un fatigoso eslalon entre los coches. Está sudando. ¿Y si se quitara la americana? Nunca ha salido de casa en mangas de camisa, siempre le ha parecido una vulgaridad. Pero aquella tarde se la quita y se la pone bajo el brazo. Aún más, se afloja el nudo de la corbata y desabrocha el primer botón de la camisa. Luego, delante de él, aparece la plaza del Popolo, animada por gente que pasea, discute o canta. Se dirige hacia uno de los dos cafés enfrentados. Las mesas de la terraza están todas ocupadas. En el café de delante, en cambio, encuentra una libre. Se sienta.

Pide una menta con hielo, asombrado de haberlo hecho. Desde los tiempos de su juventud que no la probaba, ni siquiera sabe por qué la ha pedido. Su mesa está justo al borde de la acera; en el otro lado de la calle están los taxis aparcados.

Se distrae mirando de reojo a una pareja joven sentada a su lado. Está claro que discuten ferozmente en voz baja. Se esfuerza por oír lo que dicen, pero hay demasiado ruido a su alrededor. El camarero le trae la bebida. Comienza a sorberla, hace una mueca, demasiado dulce.

—¡A tomar por culo, capullo!

Quien ha gritado es la muchacha, que, puesta de pie, ahora se está alejando a toda velocidad. El muchacho se hurga en los bolsillos, deja un billete sobre la bandeja y se lanza en su persecución.

La mirada distraída de Mauro cae sobre la fila de taxis. Una pareja, a la que él ve de espaldas, quiere

entrar en el primero. El hombre, un cincuentón alto y robusto, abre la puerta a la mujer, que lleva un traje de noche largo, y al entrar en el coche se muestra, durante un momento, de perfil. Mauro se queda clavado en la silla. ¡Es la desconocida! El hombre cierra la puerta. Mauro continúa distinguiendo perfectamente el perfil de la mujer porque la ventanilla está bajada. Lentamente, y con una especie de inexplicable desilusión, se da cuenta de que no se trata de la desconocida, sino de una mujer que se le parece mucho. Ahora también el hombre ha entrado en el taxi, el vehículo arranca.

En este momento, Mauro desea encontrarse lo más lejos posible de aquel lugar. Paga, se levanta, pero con estupor descubre que las piernas le flaquean, no podrá volver a pie. Así que pide un taxi.

En casa, entre los protectores muros domésticos, su inexplicable nerviosismo se aplaca. No quiere reflexionar sobre el efecto que ha tenido sobre él ver a aquella mujer que se parecía a la desconocida, sólo desea dormir.